



LAS OBRAS DE MISERICORDIA (II)

LAS OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta si vivimos o no como discípulos suyos. Redescubramos las obras de misericordia corporales:

dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos. Y no olvidemos las obras de misericordia espirituales: dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar

las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos.

No podemos escapar a las palabras del Señor y en base a ellas seremos juzgados: si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento. Si acogimos al extranjero y vestimos al desnudo. Si dedicamos tiempo para acompañar al que estaba enfermo o prisionero. Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas. En cada uno de estos «más pequeños» está presente Cristo mismo. Su carne se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado. No olvidemos las palabras de san Juan de la Cruz: «En el ocaso de nuestras vidas, seremos juzgados en el amor». (De la bula de convocatoria del Año Santo de la Misericordia *Misericordiae Vultus –El rostro de la Misericordia–* del papa Francisco, núm. 15).



1. Enseñar al que no sabe

La ciencia del sabio crece como un torrente (Sir 21,13). Toda la gente acudía a él y les enseñaba (Mc 2,13). Aconsejar y dejarse aconsejar para discernir la verdad, compartir para aprender unos de otros. Ante tales cometidos, lo más urgente hoy es llevar a los hombres a descubrir su capacidad de conocer la verdad y su anhelo de un sentido último y definitivo de la existencia (san Juan Pablo II, Fides et Ratio 102).

2. Dar consejo al que lo necesita

La insolencia provoca conflictos, el sabio se deja aconsejar (Pr 13,10). No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías (Mt 23,10). ¿Entiendes lo que estás leyendo? ¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía? (Hch 8,30-31). Dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza (1Pe 3,15). Hay que hacerlo con humildad, pensando solo en el otro, sin dirigir ni crear dependencias que condicionen la libertad. Aconsejar provocando las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal? ¿qué hay después de esta vida? (san Juan Pablo II, Fides et Ratio 1).

3. Corregir al que yerra

Miseria y vergüenza a quien rechaza la advertencia, quien se deja corregir se cubrirá de honor (Pr 13,18). Sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes bienes (Sb 3,5). Soportáis la prueba para vuestra corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues ¿qué padre no corrige a sus hijos? (Heb 12,7). Cuando nos juzga el Señor, recibimos una admonición, para no ser condenados junto con el mundo (1Cor 11,32). Cristo corrige a los discípulos (cf. Mc 9,38-40; 8,32-33; 10,42-45), y exhorta a la corrección fraterna. Si tu hermano peca contra ti, repréndelo estando los dos a solas... (Mt 18,15-17). No se puede corregir a una persona sin amor ni caridad... Si no lo hago con humildad, me convierto en ciego (papa Francisco, homilía 12-IX-2014). El Evangelio nos propone corregir y ayudar a crecer a una persona a partir del reconocimiento de la maldad objetiva de sus acciones, pero sin emitir juicios sobre su responsabilidad y su culpabilidad (papa Francisco, Evangelii Gaudium 172)

4. Consolar al que está triste

Consolad, consolad a mi pueblo –dice vuestro Dios– (Is 40,1). El Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados (Is 49,13). Jesús se compadece de los que sufren (cf. Mt 20,34; Mc 1,41; Lc 7,13). Al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9,36). Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados... Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,4.7). Nos consuela en cualquier tribulación nuestra hasta el punto de poder consolar nosotros a los demás en cualquier lucha, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios (2Cor 1,4). Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (Concilio Vaticano II, Gaudium et Spes 1).



5. Perdonar las ofensas

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades (Sl 103,3). Perdona nuestras ofensas, como también perdonamos a los que nos ofenden... Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas (Mt 6,12.14-15). Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados (Mt 26,27-28). «¡Ánimo hijo! tus pecados te son perdonados» (Mt 9,2). Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados» (Lc 7,48). «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22). Nosotros, los que creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Rom 4,24-25).

6. Soportar con paciencia los defectos del prójimo

Más vale ser paciente que valiente, dominarse que conquistar ciudades (Pr 16,32). No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra (Mt 5,39). Para que seáis hijo de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia sobre justos e injustos (Mt 5,45).

¿Cómo puedes decirle a tu hermano: «Hermano, déjame que te saque la mota del ojo» sin fijarte en la viga que llevas en el tuyo? ¡Hipócrita! Sácate primero la viga de tu ojo, y entonces verás claro para sacar la mora del ojo de tu hermano (Lc 6, 42). El amor es paciente, es benigno... no se irrita, no lleva cuentas del mal... Todo lo excusa... todo lo soporta (1Cor 13,4-7). Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro (Col 3,13).



7. Rogar a Dios por los vivos y por los difuntos

Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, quien busca encuentra y al que llama se le abre (Mt 7,7-8). Se levantó de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, se marchó a un lugar solitario y allí se puso a orar (Mc 1,35). Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya (Lc 22,42). Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará (Jn 15,16). Rezad unos por otros para que os curéis: mucho puede la oración insistente del justo (Sant 5,16). Orad como si todo dependiese de Dios y trabajad como si todo dependiese de vosotros (san Ignacio de Loyola, CIC 2834).

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt 5,7). Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso (Lc 6,36). Que os améis unos a otros como yo os he amado (Jn 15,12). Quien ama a Dios, ame también a su hermano (1Jn 4,21).